



City Research Online

City, University of London Institutional Repository

Citation: Priego, E. (2003). Acta Poetica número 23. Acta Poética, 24(2), pp. 225-229.

This is the published version of the paper.

This version of the publication may differ from the final published version.

Permanent repository link: <https://openaccess.city.ac.uk/id/eprint/14643/>

Link to published version:

Copyright: City Research Online aims to make research outputs of City, University of London available to a wider audience. Copyright and Moral Rights remain with the author(s) and/or copyright holders. URLs from City Research Online may be freely distributed and linked to.

Reuse: Copies of full items can be used for personal research or study, educational, or not-for-profit purposes without prior permission or charge. Provided that the authors, title and full bibliographic details are credited, a hyperlink and/or URL is given for the original metadata page and the content is not changed in any way.

Acta Poetica, número 23, México, UNAM, 2002.

Lo que se cuenta en esta *Acta Poetica* podría ser una historia de amor. Y es, como todo relato amoroso, el testimonio de una herida. Sangre y lágrimas marcan esta historia definida por el desgarramiento, por la separación. El signo de los tiempos es la fractura. Al parecer, hemos heredado la vocación anatomista de una ciencia que disecciona, opone y excluye. Exiliada del campo del pensamiento reflexivo por Platón, la poesía, término metonímico con el que hablaremos de la literatura y el arte en general, se nos presenta hoy todavía como el ámbito de la sinrazón, del sentimiento exaltado, de la ficción apolítica, del artificio que, como satélite en la órbita de la estética y el placer, se opone a todo principio de realidad. Por otro lado, la filosofía todavía se concibe, en general, como el esfuerzo por un pensamiento duro, autorreflexivo, que antepone la llamada “sabiduría” (*sophía*) al amor y el afecto (*philia*).

En cierta tradición dominante, la filosofía, como discurso sistemático y homogéneo, se ha querido opuesta a una sensibilidad poética, entendida ésta como el reino de la palabra creadora y polisémica, de la multiplicidad y lo heterogéneo. A su vez, el artista contemporáneo no ha escatimado esfuerzos por distorsionar los lugares comunes de los manifiestos decimonónicos para excluir de su quehacer “el pensamiento del pensamiento,” como definiera Schlegel la labor del filósofo. Este número de *Acta Poetica*, coordinado por Ana María Martínez de la Escalera y titulado “Filosofía y literatura”, se propone “examinar con atención la exclusión que el artista plantea entre el arte por un lado y la ciencia y la filosofía, por otro”. Pero, al mismo tiempo, cuestiona y resiste la oposición binaria que cierto discurso filosófico cuasi-positivista ha construido entre filosofía y literatura. Ana María Martínez, filósofa, se ha en-

cargado de convocar a ensayistas para que analicen “sistemáticamente el problema” de esta mutua exclusión, de esta herida originaria que, por momentos, las ha seccionado, no sin violencia, una a la otra. Al mismo tiempo, el intento por disolver estética y epistemológicamente las diferencias entre la literatura y la filosofía basándose en su común condición de *escritura* no ha hecho desaparecer este desgarramiento. El rompimiento entre el filósofo y el poeta, entre sus ámbitos de acción y sus identidades institucionales como integrantes —voluntarios o no— de un conflicto interdisciplinario, no ha sido restaurado por esta disolución, propagada por la escritura de Jacques Derrida y, en mayor medida, por Richard Rorty. Por el contrario, la herida está abierta y sangrante: una “disolución completa de la filosofía en la literatura” no haría más que achatar sus respectivas singularidades, sus diferencias, y orillarlas a la violencia impositiva de un pensamiento único, homogéneo y totalizador. Los ensayos incluidos en esta *Acta Poetica* son testimonio del espacio común que permite el diálogo —y también las tensiones y resistencias— que se dan entre la poesía y la filosofía. Martínez de la Escalera nos reconoce como “herederos de las filosofías sistemáticas del siglo XVIII, de los románticos, así como de la revuelta posmoderna del XX.” Como herederos, la tarea que se nos impone es, escribe Esther Cohen, “violentar el acto violento de la herencia” mediante su puesta en tensión y nuestra resistencia a ella. Esta resistencia al violento acto del heredar, marcado por sangre y lágrimas, como diría Derrida, tendría que darse, tal como lo plantea la presentación a este número, mediante un proceso de cuidadosa revisión de “las deudas que nos vinculan a las tradiciones anteriores a nosotros.” A lo que desafía esta *Acta Poetica* es a practicar una “fidelidad infiel”, una relectura crítica de la tradición que nos ha heredado esta exclusión, esta dolorosa separación entre dos formas de discurso, y que en nuestros días se ha maquillado de disolución. El examen que llevan a cabo quienes colaboran en este número gira precisamente en torno a la urgente necesidad de cuestionarnos cuál es la labor del filósofo —como se pregunta Erika Lindig junto a Poliziano— y cuál es la del poeta —como interroga Ana María Martínez junto a Coleridge. Hay, entonces, en estos ensayos, una clara posición política que busca reubicar el de-

bate sobre “el problema de la palabra, de la lengua conocida como discurso, como fuerza poética y política,” así como el cuestionar, en palabras de Lindig, “la concepción filosófica de lo verdadero como un valor ahistórico, universal, independiente del discurso, de quien habla y de quien escucha, concepción que [...] se ha sostenido hasta nuestros días en cierta tradición.” En este sentido, Leticia Flores critica las limitantes semánticas del univocismo y aboga por una concepción de “la palabra como apuesta / interrogación infinita por el sentido del sentido, por la razón de la razón.” Flores, al escribir sobre la tragedia griega, expone el “desgarro originario,” la fragmentación dolorosa que excluye y separa, y reubica a la narración, al *mythos*, en su justa dimensión ética, epistemológica y política: “todas las fabulaciones, relatos significativos, constelaciones de sentido se arman ante la ausencia, ante esa totalidad perdida” “[...] toda apuesta de significación se articula en la confrontación con la herida, con el enigma que atraviesa la esfera de lo humano.” Es así como la poesía se enfrentaría a su separación con la filosofía, articulándose en resistencia a esa herida. Lo que María Antonia González-Valerio ve en la razón poética de María Zambrano podría también definir la empresa teórico-política de este número: “ensayar la posibilidad de que la vida humana se dé, se desenvuelva entre el filósofo y el poeta.” González-Valerio también revisa críticamente la escisión entre ambos, y deja que Zambrano guíe una profunda y sensible reflexión sobre esta herida:

Mientras el poeta perseguía desde su marginación la heterogeneidad, la filosofía había ya ganado la homogeneidad y la unidad, más construidas por ella: filosofía cuál monólogo autorreflejante [...] El filósofo lo quiere todo pero el poeta no quiere propiamente todo, porque teme que en este todo no esté en efecto cada una de las cosas y sus matices; el poeta quiere una, cada una de las cosas sin restricción ni renuncia alguna.

González-Valerio detecta, como lo hace Elsa Torres, la relación binaria entre el filósofo y el poeta. Mientras el filósofo “quiere ganar su ser con el esfuerzo del concepto”, ser él mismo y no otro, el poeta “no quiere poseer, sino sentirse humano.” Este reconocimiento de las diferencias, el respeto a la singularidad de ambos ejerci-

cios, es lo que podría dirigir un diálogo, un encuentro entre el filósofo y el poeta. Reconocimiento que no lleva a la exclusión o a la separación, sino al respeto y, por lo tanto, a la interpelación, al compromiso de la llamada y su respuesta. La metáfora del corazón en María Zambrano se torna fundamental para entender esta *Acta Poetica*: el latir del corazón es un llamar que exige una respuesta. La llamada indica, para María Zambrano, nos dice Greta Rivara, “una apelación a lo otro”. “La metáfora del corazón sugiere un apelar, un llamado a lo otro, un escuchar lo otro.” Frente a un posible —en cierto modo actualmente imperante— discurso filosófico analítico —o hermenéutico, pero aún entorpecido por una ceguera falocéntrica—, la poesía propone la llamada, la apelación al otro, la apertura al diálogo. Una relación entre el filósofo y el poeta no excluyente ni escindida plantearía otra forma de ser en el mundo. Reflexionar poéticamente no implicaría la disolución de lo uno en lo otro, sino el respeto por la singularidad de lo excluido, posibilitando un pensamiento responsable, responsivo. Rivara lo dice así: “hacer del *logos* algo viviente, vital, móvil, palpitante y sangrante frente al *logos* inerte de las ilusiones lógicas y analíticas.”

Esta es entonces la propuesta que veo en esta *Acta Poetica*: la lectura cuidadosamente crítica de una herencia que se nos ha impuesto violentamente, en la que impera un pensamiento homogéneo que por definición excluye la alteridad y la diferencia. Esther Cohen nos reta a “aceptar este dolor” de la herencia entendiendo que la palabra incorpora deseo y cuerpo. Cohen apela a “la experiencia femenina del heredar,” lo que entre otras cosas significaría pensar de otra manera, sentir de otro modo. Una filosofía o una poesía escindida una de la otra serían ejercicios sordos y fútiles, negados al diálogo y al reconocimiento del otro. Habría que aceptar, resistiéndola, esa “herencia, [que,] por principio, nos obliga siempre a darle una respuesta.” Elsa Rodríguez Brondo denuncia la misoginia y la idolatría que orilla lo femenino al desvanecimiento, la mujer como lo que se ha hecho ausente por la fuerza y sustituida por la falta, por el espacio vacío. La desaparición de lo femenino es parte de ese mismo proceso provocado por la herida, por la violencia del pensamiento único que sólo “dialoga” consigo mismo, y nada más. Filosofía y poesía es una oposición binaria

paralela a aquella entre lo masculino y lo femenino. La propuesta política en común de estos ensayos es el denunciar la urgencia de una filosofía y una poesía futuras que no excluyan ni disuelvan. En el futuro, la filosofía será poética o no lo será. Otra filosofía que apele a una experiencia femenina de la herencia, que haga de sus latidos un llamado, una apelación al otro. Una filosofía femenina no implica una oposición a lo masculino, lo mismo que una filosofía poética no implica una invitación a la irracionalidad. Una filosofía femenina entendida ya no como un amor a la sabiduría, sino como la sabiduría del amor: de un amor que sea llamada y respuesta, que abandone sus ambiciones de posesión para buscar críticamente sentirse humano mediante el respeto a la radical singularidad del otro. Ni separación ni confusión, ni posesión ni abandono, el diálogo filosófico-poético, masculino-femenino, partiría solamente del reconocimiento mutuo. Entre la filosofía y la poesía, la escritura: en lugar de una solitaria búsqueda por la identidad individual que excluya al otro, un constante diálogo donde el devenir se construya en conjunción. En lugar de pretender ser sólo uno, ser, precisamente, dos. La escritura, como espacio común de ambos quehaceres, sería apertura, conjuro y ofrenda, llamada y respuesta, no un discurso analítico sordo, egocéntrico, autorreflexivo e impositivo. Frente a la negación que implica la exclusión como estrategia del pensamiento único, una filosofía y una poesía no desgarradas pero tampoco confundidas, proponen el reto al que Esther Cohen desafía: Ser capaces de decir “sí”. En otras palabras, “ser, desde ahí, desde la herida, lo uno y lo otro, o ni lo uno ni lo otro.”

ERNESTO PRIEGO